

profanos y grafiteros

Destino bibliocrítico

Max Ramos, curador de libros*

René Rueda Ortiz

El destino del libro

La historia de Max Ramos, quien dirige tres librerías de paso y dos recintos a puerta cerrada dedicados a la curaduría y promoción de piezas bibliográficas, comienza a visibilizarse en la búsqueda de la subsistencia y el gusto que sobrepasa la baja economía y los trabajos para hombre-engranaje: fábricas que recubren los páramos de la periferia capitalina.

Allí también se encuentran, como agujeros negros de las cosas, los tiraderos: antosalas de lo que aguarda su destrucción; sitios de refacciones, muebles, adornos humildes y libros en montones para que el buscador indague, seleccione y regatee. Ciudad adentro, en las arterias de los tianguis y en las ventas de garaje que a finales de los años ochenta aún no cierran sus puertas debido al crecimiento de la delincuencia, también es posible hallar, rescatar y comprar libros que, al pase mágico de las manos, adquieren esa categoría de “segunda” que tanto regodeo causa en las lenguas de quienes injurian al libro viejo.

Y allí está Ramos, protolibrero, cumpliendo, en aquellos lejanos días, los rituales del comerciante pobre. “Trabajaba en una fábrica de seis a tres. De ahí me dedicaba al vagabundeo y a la búsqueda de libros en los tiraderos, los tianguis o las ventas de garaje. Como había estado en un internado, me interesaba vagar, salir del enclaustramiento”, refiere el curador que, años después, en su escritorio, al fondo la librería Jorge Cuesta, revisará primeras ediciones o pactará la adquisición de “piezas”, nombre que, en el mundo de la bibliofilia, está reservado a los libros extraordinarios.

* A propósito del premio “Libro de Plata” concedido a Max Ramos, curador de libros de la Ciudad de México.

Conformación de una librería de paso

A pesar de que en una librería de paso se ofrecen veteranos compendios, ésta no admite fácilmente el calificativo “de viejo”. En la escenografía se juega la impresión memoriosa: puede tener un techo tapizado con fotografías, separadores, billetes antiguos, pequeños juguetes; distribuirse entre columnas decoradas con pinturas al óleo o estar montada al interior de una vieja casona porfiriana.

A decir de algunos visitantes, una librería de paso se asemeja, en las primeras impresiones, a una biblioteca o a un museo, y es, en la comprobación, un recinto que, más allá de albergar supuestos tesoros, rinde culto al orden, a la selección escrupulosa de materiales y al trabajo del librero, quien se atiene a su memoria más que a una base de datos; signa a lápiz la fecha de llegada, habitación y monto de los huéspedes, y mantiene el orden en cada estantería, sección y corredor. Allí los volúmenes permanecen muy poco tiempo y, debido a la escenografía, ellos también mudan su calidad de objeto o de fetiche, para convertirse en criaturas que se tornan escurridizas cuando la indecisión gobierna al lector que se va y regresa, esperanzado en que todas las cosas viejas tienen la virtud de la paciencia. Entonces los materiales son, más que de ocasión, de paso, siempre al filo de la recomendación que dice: “Si te gusta, llévatelo”, como un memorial al tiempo remoto en que el librero maestro agotaba la marginalidad y la entraña del monstruo ciudadano en busca de páginas leíbles y vendibles.

Ramos ha determinado, además de la curaduría, los montajes, la creación de nombres, mitologías librescas y proyectos de promoción cultural de sus espacios; desde 1999, año inaugural de El Hallazgo, primera librería de paso, dichos elementos se organizan en recuerdos afortunados, como la creación de San Librorio, patrono de los libros y la lectura, cuyas peregrinaciones de una librería a otra eran acompañadas por lecturas de obras maestras y peticiones de libros casi inconseguibles; o las tres ediciones del “Concurso Nacional de Cuento bibliófilo Joseph Cartaphilus” para el cual los narradores, consumidos por las novedades editoriales y la autobiografía, no estaban preparados; o los generosos descuentos a la mitad y al final de cada año; o la oferta libresca que se traduce en más de 130 000 volúmenes revisados, útiles y ubicables; y finalmente, la librería Jorge Cuesta y su Foro del Nigromante donde se llevan a cabo actividades culturales y artísticas dedicadas al arte crítico como el “Grito de Lenguas” celebrado cada 15 de septiembre, o el “Día de Luto”, el cual ocurre cada 2 de noviembre y se lleva a cabo para decir en voz alta y mediante la literatura que en México se vive en un estado de muerte y violencia.

El “Libro de Plata”, reconocimiento al librero del año

En noviembre de 2018, la organización de la IX Feria del Libro Usado y Antiguo en Guadalajara reconoció la trayectoria de Max Ramos con el homenaje anual al librero y la respectiva entrega del galardón “Libro de

Plata”. Se celebró así una vida adscrita a una práctica cultural y mercantil que desde los confines de la época colonial en México es vehículo para que la letra impresa llegue a sus destinatarios a costa de la censura o, en la actualidad, del aparente estado apático de las sociedades.

Asimismo, se celebró la reformulación de dicha práctica, en el entendido de que los materiales que aguardan en las estanterías de Ramos se sacuden, como si fuera polvo, el calificativo “de viejo”, y se entregan a la noción de pervivencia. Al respecto, recuerdo el comentario del bibliófilo Cruz Benítez, en los altos de la librería Jorge Cuesta: “Los libros son extensiones para el conocimiento humano y, aunque los compremos, en realidad se nos prestan por poco tiempo, dada nuestra efímera existencia”.

Y también se nos presentan por poco tiempo, pues los libros de paso pueden ser volúmenes orgullosos o pequeños milagros en las manos de un numen que ejecuta ese otro mundo, donde los bosques petrificados florecen en pensamientos memorables. Finalmente, los libros nos sobrepasan, invaden pensamientos y espacios; más allá de un nombre para un comercio, su calidad trashumante es tan comprobable como la verdad de su extensión. Si el libro usado se entiende de esta manera, no hay lugar para el calificativo de “fetiche” que, hace algunos años, un novelista de corto aliento trató de imponerle. Ante el conocimiento del libro, a la orilla de sus pastas, se fundan conversaciones y crece la amistad y la escritura de nuestra propia historia en tanto lectores.

Los años de amistad y magisterio de Max Ramos enseñan que la preeminencia de una librería de paso, o de viejo, puede indicar el estado de salud de la memoria colectiva. Hay libros rémora, desde luego, pero el librero es un depurador especializado, un bibliocrítico que recupera, en pequeñas porciones, las materialidades inabarcables del conocimiento y la imaginación. 